

cer la adoración eucarística entre nosotros llamada la "La Vela perpetua;" el vicario trabaja para establecerla: unos dos años que funge de Teniente—Cura le dejan mover con más amplitud, y realiza esa obra que aún subsiste y que se halla en un grado de extensión y de esplendor como en pocas, y quizá en ninguna otra Parroquia de la Diócesis.

La masonería á la que sirven hoy todos los gobiernos, ha desterrado de las poblaciones el lugar de las sepulturas, so pretexto de higiene pública, y aún el nombre cristiano de cementerio ó campo-santo, lo ha cambiado por el nombre gentilico de panteón, disparatado en el caso; por supuesto no hay tal higiene; lo que hay es la persecución del catolicismo arrancándole hasta los cadáveres de sus hijos. En aquella época la Iglesia poseía aún los cementerios, á orillas de esta población de Irapuato y anexo á una capilla de San Antonio se hallaba el campo-santo, pero era un terreno vasto cercado apenas con rama de espinos, y decíase que aun llegaron los perros famélicos á desenterrar los cadáveres. El vicario comprende que es muy conveniente alejar ese peligro; y así, hace colecta, y echa mano de sus ahorros, y el campo-santo se cierra con paredes sólidas que duran hasta el día, aunque comienzan á

derrumbarse porque no está allí la mano de la Iglesia que las sostenga y las reedifique.

III.

Si la casa de los muertos se cierra, la de los pecadores se restaura: la casa de los ejercicios, asilo donde los muertos del alma resucitan, debió á nuestro Padre continuos cuidados: caída casi en ruinas, la restaura á costa de mil sacrificios; y sustraída de manos de la Iglesia, por la revolución, reúne fondos para recobrarla, más que antes arruinada, sin techos y sin puertas, la restaura por segunda vez, y todavía en el último año de su vida, el celoso sacerdote, mandó construir un arco que sostiene un muro del templo, cerrar las abras que arruinaban las paredes, y recibir estas con fuertes pilares de ladrillo.

Su devoción con la Santísima. Virgen de Guadalupe fué siempre esmeradísima, no sólo tomó mucha parte en la construcción del "santuario extramuros," cuya primera piedra bendijo é impulsó, y en cuya conclusión dijo un sermón de dedicación del Templo, predicando delante del Illmo. Sr. Sollano; y declaramos que esa pieza oratoria, toda obra de él, la reputamos aun digna de ver la luz pública.

También, como todos lo han visto, hubo emprendido la construcción de tres altares, á la vez que el decorado del santuario guadalupano que llamamos del centro, al gusto moderno, gastando en ello fuertes sumas que procuraba entre personas piadosas y acomodadas, por medio de invitaciones impresas, y de otros recursos que su celo le sugería, gastando de sus pequeños haberes hasta ochocientos pesos, como recordamos haberlo oído de su boca; y esto, sin comprender el costo de la Imágen, que es una buena pintura, y nó sin haber tomado parte en la restauración de este mismo templo que primero había sido adjudicado y con trabajo había sido recobrado muchos años después: y por todas estas obras que con gusto emprendía para el decoro de la casa de Dios, se echa de ver la ilimitada devoción á la Santísima Virgen á quien en sus mayores aficciones acudía postrándose á los piés de su altar, y asegurando no haberlo hecho nunca en vano.

Una de las devociones hoy mas populares y que atraen mayor concurso, es sin duda la hermosísima práctica del mes de María, que en varias Iglesias se celebra ahora en este lugar, con la religión y pompa del culto que nadie ignora; pero muchos ignoran quién fué el introductor de ese devoto ejercicio en Irapuato. Por los años de

1860, ó uno ó dos antes, el Padre D. Martín Ruíz erigía en su casa un modesto y devoto altar á la Virgen Inmaculada, (cuya imágen se venera ahora en el pueblo de Romita.) Durante el mes de mayo, allí, con un grupo de almas piadosas practicaba el ejercicio del mes de María, ofreciendo las flores algunas niñas, y entonando sencillos cánticos, devotas personas que acompañaban con el harpa; la concurrencia era toda la que el local podía abarcar, pero la devoción que el sacerdote comunicaba á los asistentes, era ardiente y animada; uno ó dos años después, el ejercicio se comunicaba en la pequeña iglesia llamada el Hospital, otros años se celebró en la iglesia mas amplia de la Soledad, hasta que en seguida quedó como instalada en la de Señor San José, donde la Asociación de Hijas de María Inmaculada anualmente lo promovía, lo expensaba y devotamente lo practicaba; así, este precioso ejercicio tan del agrado de la Madre de Dios, y tan del gusto de los fieles, fué introducido por el ínclito sacerdote, siervo devotísimo de la Virgen Inmaculada, á quien le dedicó un devoto rezo para el día ocho de cada mes, el que los fieles practicaron con agrado.

Estableció la obra de San Felipe Neri, llamada "Santa Escuela," en la iglesia del Hospital, fué en ella padre de obediencia por mas de doce años;

fué gran protector de las Monjas de la Enseñanza, principalmente de algunas á quienes alejó durante una época de exclaustración; cuando las adjudicaciones de los bienes de la Iglesia hizo ináuditos esfuerzos por salvar los de las Religiosas y otros, hasta donde era posible, quedándoles á aquellas un pequeño haber para vivir en muy escasas condiciones, y habiendo logrado que se hiciesen ciertos arreglos con la sagrada Mitra, por las proposiciones que él presentaba, según se lo facultaban los Ilustrísimos Prelados de entónces.

Fué capellán de las monjas por mas de catorce años, oficio que desempeñó con satisfacción de toda la Comunidad.

Construyó el altar mayor de la iglesia de Señor San José; fué el Prioste, Jefe ó cabeza de los indios de ese barrio, logrando apaciguar las discordias que entre ellos surgían á cada paso, en materia de censos y terrenos.

IV.

La persecución á la Iglesia y á sus ministros había llegado á su colmo en esta población, siendo como era tan celebrada por la religiosidad de sus vecinos; llegan las fuerzas del general Coronado, caudillo liberal; se apoderan de diez sacer-

dotes, y entre ellos del Padre D. Martín, á quienes exigen una cantidad de dinero muy difícil de poseer y aun mas de conseguir en aquellas circunstancias; los llevan prisioneros á la ciudad de León, presentándolos en la plaza pública, bajo los rayos del sol, vestidos con blusas rojas de soldado, conservando el P. Ruíz por muchos años la suya, como recuerdo de aquel sacrificio.

Se hacen esfuerzos en dicha ciudad de León, para salvar al P. Ruíz, pero no consiente en dejar á sus compañeros, y continúan el camino para Lagos, sin llevar provisiones de alimento, porque los guardias no lo permitían, viendo lo cual un sobrino del P. D. Martín, se procura un huaje y se adelanta en el camino y los provee de agua, cuando alimentos no se hallaban; y ya detenidos los sacerdotes en la cárcel de Lagos, se hacen nuevos esfuerzos para salvar al bienhechor de Irapuato, quien rehusa la libertad por seguir la suerte de sus compañeros, y al fin se consigue por una cantidad que no bajó de diez mil pesos, los pongan en libertad, y no pudiendo algunos pagar lo que les correspondía, el Padre D. Martín por salvar á todos dispone vender la casa de su habitación y otros objetos, para completar el rescate de todos.

Como se vé, solo hemos hablado de aquellas

obras culminantes, públicas, duraderas, cuyos resultados se palpan todavía; pero nada hemos dicho acerca de aquellas otras, que, si menos generales, son siempre benéficas, provechosas, y laudables.

La constante dedicación al confesonario, cosa que le fué tan familiar que aún en la cuaresma última que vivió, á pesar de sus ochenta y tres años, cuyo fardo llevaba desahogadamente, practicaba en una Hacienda lo que llamamos cumplimiento de Iglesia y cansaba á los Padres jóvenes que le ayudaban, que no podían permanecer en el tribunal de la penitencia ni tantas horas ni con tanta constancia como el anciano sacerdote; ¿cuál sería su dedicación y su empeño en los primeros años de ministerio?

Su prudencia en el manejo de los negocios, aún temporales, era universalmente reconocida; arreglaba entre los jóvenes los matrimonios con gran tino, evitando así muchísimos males; promovía tandas de ejercicios en los que incansablemente confesaba y trabajaba; aconsejaba con admirable acierto en negocios de compra y ventas, y testamentos; con sus consejos y sus pasos favoreció á multitud de familias haciéndolas adquirir casa habitación en muy buenas condiciones, de modo que bien pudo decir con San Pablo: "Como nada poyosendo, y enriqueciendo á muchos."

Después de veintiseis años de servicio en la parroquia de Irapuato, el Illmo. Sr. Sollano, buen conocedor de los méritos de los sacerdotes de su Diócesis, le nombró Cura de Romita; era este entonces un pueblo de perdidas costumbres, sin fé, sin piedad, nido de revoluciones y de algún prohombre de aquellos tiempos, terror de la comarca; aún estaba muy viva allí la memoria de un Cura vilmente asesinado en el mismo curato; tal era el pueblo á donde era llamado el Padre D. Martín, como pastor de una manada de lobos; y no se crea que recargamos el colorido del cuadro; en esta vez estuvo tres meses, volviéndose á Irapuato, y sirviendo la capellanía de San Antonio el Rico, y allí permaneció un año, dotando á la capilla de todo lo necesario.

En el año de 1866 fué nombrado primer Cura de la parroquia de Jaripitío; al erigirse el Curato lo dotó de los paramentos necesarios para la parroquia, y allí estuvo cerca de tres años, hasta que vino el Cura propio, por concurso, á recibirlo, y á quien le entregó, todo por inventario general, fechado el 10 de julio de 1869.

V.

Pasó á Irapuato á servir la capellanía del Copal y la sacristía de esta Parroquia. En una de las veces que volvía del Copal, por dejar el camino á un carro que trabajosamente pasaba, se inclina á un lado de la vía, y esto pasaba en el famoso río de Guanajuato, que furioso se desbordaba, y con sus aguas ocultaba un pozo, recubierto también y disimulado con yerbas, y ramaje; y en esa fosa cayó hacia atrás el caballo que montaba, sumergiéndose, y pasando media hora duró con el agua hasta el cuello, y el caballo no podía salir pues la yerba y el cieno lo atascaban; el carretonero en vano luchaba por sacarlo, mas viendo que no lo pudo, echóse á llorar, al oír al Padre que con tiernas deprecaciones invocaba al corazón purísimo de María, y se ayudaba á bien morir, por que no esperaba otra cosa, cuando aparecen algunas personas que logran al fin sacar al Padre en el caballo, sin novedad importante. Y esta fué merced al purísimo corazón de María á quien le dedicó un retablo que estuvo largo tiempo ante su altar.

En noviembre de 1871 se le volvió á nombrar Cura de Romita, por segunda vez, y todo lo que entónces hizo allí sería muy largo referir; en más

de diez años, cambió el pueblo por completo; pues con su celo, su desinterés, su paciencia y su calma nunca desmentida, reanimó en ese lugar y su jurisdicción el espíritu de fé, moralizó las costumbres, hizo amar y practicar la piedad, atrájose á un personaje irreligioso, y logró que se reconciasen otros con la Iglesia, perseverando hasta los últimos días los que ya han fallecido.

Promovió y tomó parte muy activa en la erección de catorce capillas rurales, haciéndolas dotar de lo necesario para la celebración de la Misa en los días festivos; y en el centro de la población dejó establecido un amplio oratorio dedicado á Santa Cecilia. Bajo los arbotantes de la Parroquia construyó una pequeña capilla á San Isidro Labrador, y á nuestra Sra. de Lourdes. Al reconstruir dichos arbotantes que amenazaban ruina, aseguró con trabas de hierro al templo en todas las grandes abras que tenía, quedando tan sólido como seguro, y pudiendo resistir, como se vé hasta el día, una hermosa torre de bonito modelo que dibujó y dirigió el Lic. D. Joaquín Rocha; proveyó á la iglesia parroquial de ornamentos y vasos sagrados; renovó y construyó imágenes, de que carecía, renovó el órgano, proveyó de cancel, de vidrieras en todo el templo, que no las tenía, é hizo fundir campanas, y benefició al lugar con

reloj público que nunca había conocido; fabricó una pequeña casa de ejercicios; levantó el diezmo que estaba muy decaído, construyendo trojes para el acto, reedificó la casa cural que estaba en ruinas; mandó hacer un modesto carruaje para conducir al Sagrado Viático; y finalmente, nunca descuidó los múltiples y delicados deberes de un pastor, en la educación de la juventud, en la administración de los sacramentos, en la predicación dominical, en visitar á los enfermos dentro y fuera de la población, á cualquiera hora del día ó de la noche, recorriendo en estas visitas á veces de seis á siete leguas de ida y otras tantas de vuelta; sirviéndole de descanso en seguida los quehaceres ordinarios.

En tiempo de lluvias, las tempestades lo sorprendían en el camino; y no siempre podía pasar los arroyos que se perdían por la corriente del agua; y más de una vez esa corriente lo dejó sin caballo, saliendo este á larga distancia, y no pudiendo alcanzarlo por lo pesado del camino, hubo de andar á pié más de dos leguas, pues á la vez nadie le acompañaba; los céspedes de granizo, y el cieno le hacían difícil el paso, y así hubo de llegar al curato con la ropa empapada; y á pesar de tales percances, nunca se le vió fastidiado y sí siempre sereno y contento. El socorro á los po-

bres y á varias familias vergonzantes, fué en él habitual, hasta el fin de su vida; dejó establecida la preciosa Asociación de las Hijas de María, á la que atendió empeñosamente, y por medio de la cual practicó siempre con solemnidad y devoción el mes de María; fué un padre verdadero para con todos sus súbditos y sirvientes. También proveyó á la Parroquia de vicarios, siendo la mayor parte de ellos, sacerdotes acabados de ordenar, quienes ya prácticos en la administración salían á ocupar importantes puestos de la curia eclesiástica, ya en el Venerable Cabildo, ya en algún curato ó capellanía de importancia, en los cuales está vivo el recuerdo de su primer párroco.

También refería que de sus ahorros, de una labor que encargaba á un sobrino suyo, gastó mas de cinco mil pesos, en bien del culto de dicha parroquia; y de los capitales que hoy existen en la población de Romita, algunos, formados por sus poseedores, tuvieron origen en haber sabido aprovecharse de los prudentes consejos de su bienhechor.

El Illmo. Sr. Sollano, de grata memoria, decía: que sólo visitaba esa parroquia de Romita en cumplimiento de su deber, porque no había allí que hacer la menor observación, pues que era el curato modelo en todo el obispado, y lo compara-

ba á un reloj pequeño, pero bien arreglado.

El Padre D. Guadalupe Fernández del Oratorio, de feliz memoria, tuvo expresiones análogas en la predicación en una tanda de ejercicios de eclesiásticos en León, pues refiriéndose al abandono y desaseo de algunos templos parroquiales, observaba: que tal vez los Sres. Curas se disculpaban con que las entradas no bastaban para los gastos necesarios; y les proponía como modelo la parroquia de Romita, diciendo que aunque allí no había oro ni plata, como en otras parroquias, pero que se hacía notable el aseo y lo bien arreglado para el culto ordinario, así como el de las festividades solemnes; y esto era sin duda debido al celo de su párroco, que solo procuraba el decoro de la casa de Dios y bien de los fieles.

En julio de 1878, el Illmo. Sr. Sollano, lo nombró Cura interino de la parroquia de Silao, en la que se agitaban por entonces unas peligrosas disensiones, y causó admiración al ver logrado en solos dos meses (del 12 de julio al 12 de septiembre,) lo que otros no habían podido conseguir en mas tiempo, reconciliando los ánimos y dejando bien sentada la paz; y es que la humildad todo lo puede, y el recurso á la reina de los Angeles lo alcanza todo. Todo lo pedía con filial confianza á la Santísima Virgen, la que, como su Hijo, tie-

ne su conversación en las almas sencillas.

En esos días ofrecióse al Señor Obispo marchar á Guanajuato, y como de paso llega al curato, é inmediatamente se le presentan comisiones de los grupos antes desidentes; le piden perdón de las faltas cometidas en el templo parroquial y en otros lugares no menos respetables, y solicitan con instancia que permanezca en el lugar el nuevo Cura D. Martín; pero el Illmo. Sr. Obispo, tan sabio como prudente, díjoles que si lo conseguían de él, con gusto lo dejaría; pero el humilde sacerdote, temeroso de perder el fruto de la semilla que tenía sembrada en su rebaño de Romita, persuade á su Prelado de la necesidad de separarse, pues que los fieles de Romita no vieron con calma esa separación de su Párroco, y ya habían ocurrido en crecido número al Obispado, solicitando su vuelta; y á los dos meses cumplidos, rebosaba de júbilo aquel pueblo al ver de nuevo entre ellos á su bienhechor, y ese júbilo era de corazón, pues en ese día se veían en los semblantes lágrimas de alegría; los preparativos que se hacían para recibirlo dignamente eran de acuerdo con las autoridades civiles, y por esto se vé que el entusiasmo era general, pero esa recepción no tuvo efecto, por cuanto á que llegó el Padre por la noche, y antes del día señalado para su vuelta: así lo

determinó queriendo evitar toda ocasión de ostentación y vanidad. Al siguiente día celebró una Misa en el altar de una devota imagen de la Purísima Concepción, la que siempre le acompañaba, á la que le hablaba con sencillez encantadora, llamábala siempre la niña, y todavía tres días antes de morir se le vió estrechar contra sus labios una pequeña fotografía de la misma imagen, cuyo original dejó en Romita, como un perpetuo recuerdo de piedad y devoción.

Mientras le fué posible promovió en aquella Parroquia todos los pasos de Semana Santa, como son: el Lavatorio, las Siete palabras, y el Pésame, así como las procesiones del Prendimiento, Tres-Caídas y Santo Entierro, todo con edificante devoción; como lo promovió él primero, en Irapuato, y las practicó largos años, acompañando al Señor tras de su Imágen, durante dos y tres horas que se alargaba la procesión; y era al tiempo del medio día, con un calor sofocante, recorriendo las principales calles de la población; lo mismo por la noche con el Santo Entierro, en un orden admirable, y acompañado de los principales vecinos de Irapuato; organizó un gran número de cargadores de Jesús Nazareno, cuya Imágen era llevada en aquellas procesiones; de aquí viene la gran devoción de los fieles con esa venerable Imágen

que cedió á la veneración pública, así como las otras Imágenes que están en su capilla nuevamente decorada en el frente al antiguo Bautisterio de esta Parroquia.

No olvidemos el mencionar cómo por un acuerdo del Venerable Cabildo de la Catedral de León, se le propuso darle una plaza en el coro de esa Santa Iglesia, pero inspirado por la humildad con que Dios le había dotado, quiso excusarse de ese honor que bien mereció, permaneciendo en su puesto de Cura hasta que doblegado por el peso de el trabajo y de los años, pidió y obtuvo el permiso de separarse de la parroquia de Romita, despidiéndose de sus feligreses en un impreso fechado el 30 de noviembre de 1883, en el cual, con sencillo estilo les muestra grande agradecimiento por su docilidad, y les dá paternales consejos, encargándoles no se contaminasen con la herejía, ni dejasen en modo alguno la Vela del Santísimo Sacramento. Universal fué el luto y el llanto por su perdido párroco, de quien habían recibido tantos bienes. Vuelto á Irapuato es nombrado capellán de la Hacienda de la Caja, por empeño de D. Antonio Retana dueño de esa finca, y grande amigo suyo.

Por este tiempo sucede que en una Hacienda inmediata á Romita, se rebelaban los ánimos en